

# ZARATUSTR A EN LAS AFORTUNADAS

Uno de los capítulos de *Así habló Zaratustra* se titula “En las islas afortunadas”, territorio simbólico donde transcurre parte del relato. En esa época Nietzsche pasaba largas temporadas en Génova y sabemos que estuvo interesado por la figura heroica de Colón; cabe conjeturar que haya tomado la expresión “islas afortunadas” de las referencias a nuestro archipiélago en alguna biografía del ilustre aventurero genovés. La obra fue escrita en tres breves raptos maníacos de inspiración. La primera parte, en Rapallo, en diez días de febrero del 83; la segunda, en Sils-Maria, en once días de junio y julio del 83; la tercera, en Niza, en trece días de enero del 84. Con Nietzsche ya hundido en el ocaso de su razón, sus amigos añadieron, como cuarta parte de la obra, un texto de 1885, protagonizado también por Zaratustra, y destinado a ser el comienzo de un libro que dejó inacabado.

*Así habló Zaratustra* es el desafío de Nietzsche al cristianismo. Es un evangelio cuyas parábolas anuncian el advenimiento de una nueva Humanidad, encarnada en el Superhombre. La obra se halla entreverada de referencias a la Biblia, en la versión alemana de Martín Lutero, cuyo mensaje Nietzsche invierte o refuta con ironía, humor y sutileza. Zaratustra se mide con las figuras bíblicas: como un nuevo Moisés promulga unas tablas de la ley, como Juan Bautista es

el precursor que clama en el desierto la venida del Superhombre, como el propio Jesús trae un mensaje para el género humano.

Nietzsche modela en Zaratustra la contrafigura de Zoroastro. El legendario sabio había predicado, en la Persia del s.VI a.n.e, una religión monoteísta donde Ahura Mazda, señor de la Sabiduría, combate sin cesar contra Arimán, señor de la Mentira. En el zoroastrismo por primera vez la moral se convierte en metafísica, en fundamento del universo: todo lo que ocurre es resultado de la lucha constante entre dos principios cosmológicos: el Bien y el Mal. Zaratustra será el encargado de superar esa cosmovisión, que perduró en el cristianismo. La investigación, el conocimiento, deben tener un ideal de verdad que esté más allá del bien y del mal. En esta misión intelectual Zaratustra será para Nietzsche lo que Sócrates para Platón: máscara de su voz.

Nietzsche nunca quiso separar su vida de su obra; en el Zaratustra aparecen, más o menos transfiguradas, sus experiencias personales; dice Zaratustra: “Escribe con sangre y te darás cuenta de que la sangre es espíritu”. Está presente, por ejemplo, el martirio de su enfermedad y su respuesta activa como intelectual; dice Zaratustra: “La felicidad del espíritu es esta: ser ungido y consagrado con lágrimas para víctima del sacrificio”. Está presente la reacción de los

allegados ante su tormento; dice Zaratustra: “Dejarse compadecer es un medio de ocultarse”. Está presente su necesidad de un amor de mujer, sublimada en un amor cósmico; dice Zaratustra: “Nunca he encontrado la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a quien amo: ¡pues yo te amo, oh eternidad!” Está presente su conciencia de sí, que parece adivinar el futuro; dice Zaratustra: “Yo amo a quienes para hundirse en su ocaso y sacrificarse no buscan una razón más allá de las estrellas”. Está presente su experiencia de la soledad, modo de vida que permite la potenciación de las disposiciones propias, y que contrapone al abandono no deseado; dice Zaratustra: “En la soledad crece lo que uno ha llevado a ella, también el animal interior”.

En la vida de Nietzsche el abandono tiene un nombre: Lou Salomé. Conoció en Roma a esta joven rusa, de ascendencia francesa, en abril del 82. Se encontraron en San Pedro del Vaticano y según cuenta ella la saludó así: ¿De qué estrella hemos caído para encontrarnos? El idilio duró hasta el otoño, el enamoramiento en Nietzsche ¿quién sabe hasta cuándo? Lou Salomé rechazó por dos veces sus proposiciones de matrimonio, prefería tenerlo sólo como amigo, maestro y compañero. Ella tenía entonces 21 años y su objetivo principal era lograr una amplia formación intelectual, a la que no convenían ataduras domésticas ni amorosas. Tras la ruptura Nietzsche escribe a un amigo: “La compasión es una especie de infierno”. Debemos entender que para superar la decepción que lo abate no quiere confiarse a la auto-compasión. En esa misma carta, como un eco de Juan de la Cruz, escribe: “El valor del solitario es consumirse en su propia llama”. Pocas semanas después concibe a Zaratustra y comienza la redacción del libro. En un capítulo titulado “El convaleciente” dice Zaratustra: “Entre las cosas más semejantes es donde la ilusión miente del modo más hermoso; el abismo más pequeño es el más difícil de salvar”. Nietzsche, desengañado del sueño de haber encontrado en Lou Salomé un alter ego, se refugiará en la escritura. Dice Zaratustra: “Donde no se puede continuar amando se debe pasar de largo” y “Crear es la redención del sufrimiento”. La tonalidad de la obra, donde se suceden la exaltación y la melancolía, refleja el dinamismo emocional de su autor respecto a Lou Salomé. Brotes ocasionales de esperanza conviven con la aguda tris-

teza de los recuerdos felices, la ansiedad se alterna con las certezas sombrías, la serena resignación del convaleciente convive con la euforia de quien huye hacia delante, buscando nuevas metas para olvidar las perdidas. Dice Zaratustra: “No hay que aspirar a la felicidad, sino a la propia obra”.

Nietzsche presenta a Zaratustra como poeta, resolvidor de enigmas y redentor del azar. Y en efecto, este es un libro donde el pensamiento filosófico se presenta en lenguaje poético, aunque el propio Zaratustra nos advierte contra los poetas que mienten con facilidad porque se dejan llevar por una inspiración superficial y voluptuosa. El enigma por resolver es el del tiempo, que se expresa en la doctrina del Eterno Retorno. Redimir por medio del azar significa liberar a lo existente de la carga de la necesidad, recuperar la inocencia del devenir. El tono profético de la obra no debe engañarnos: no se trata de proponer a una grey una vía de salvación.

Con la célebre metáfora de la muerte de Dios Nietzsche designa el final de la cultura cristiana, que dominó Europa durante más de un milenio. Ese gran acontecimiento abre una etapa de transición, denominada nihilismo, hacia una nueva cultura occidental que Zaratustra anuncia como advenimiento del Superhombre. La muerte de Dios no tiene fecha determinada ni es el resultado de una catástrofe concreta: es un largo y silencioso proceso de decadencia de las instituciones que gobernaban la existencia y que daban sentido a la vida durante el medievo, es la ruina de la religión cristiana, de su moral y de su metafísica. La calificación de nihilismo se funda en que, según Nietzsche, la nada era el verdadero corazón de esas instituciones cristianas, y esa nada ha ido carcomiendo desde dentro la civilización levantada sobre ella. La nada en que se funda la metafísica cristiana es la propia figura de Dios, en cuanto ser imaginario construido con las palabras nacidas del miedo y del deseo. Esa nada, en la moral cristiana, es la nulidad del Juicio Final, que debía premiar el bien y castigar el mal; al quedar las tablas de la ley sin su valedor celestial, pierden su fundamento, su finalidad y su sentido. El camino elegido para alcanzar los ideales de felicidad y justicia se revela como un sueño. Esa nada corroe la religión cristiana al privar del principio de autoridad a la Iglesia vicaria, y la obediencia de los fieles se derrumba ante el vacío de autoridad.



Zaratustra, en su itinerario meditativo, se ve asaltado varias veces por el espíritu de la pesadez, que simboliza, tanto la visión del universo sometido a la coacción de las leyes naturales y la necesidad, cuanto la visión del hombre como un ser con una voluntad libre cuyo criterio de acción debe ser la realización del bien. Contra ese universo guiado por la razón mecanicista, Nietzsche enarbola el azar y la inocencia del devenir; contra ese hombre libre que aspira a la salvación transmundana Nietzsche enarbola el orgullo y la arrogancia humana.

El ideal de vida eterna es una traición a la vida mortal, a la naturaleza donde todo nace y perece. La cultura del Superhombre tiene que rechazar esos ideales transcendentales y permanecer fiel a la tierra, recuperar el sentido de la existencia perecedera. Con la bella metáfora “el hombre que lleva su ceniza a la montaña” describe a quien está dispuesto a inmolarse en el proceso de transmutación de valores que conduce hacia la cultura del Superhombre. Con este término Nietzsche apunta tanto hacia un nuevo tipo de hombre individual como hacia un nuevo modelo de Humanidad. En el Zaratustra se trasluce el espíritu evolucionista darwiniano que marca su impronta en el pensamiento finisecular decimonónico. Dice Zaratustra: “Yo camino entre los hombres como entre fragmentos del futuro”.

El Superhombre es el propio hombre que se supera a sí mismo. Nietzsche lo presenta bajo múltiples máscaras. Héroe porque tiene el coraje suficiente para sufrir las adversidades que se cruzan en el camino de su autorrealización. Jugador que experimenta nuevos valores en el azar de la vida. Artista creador de formas de belleza que traducen su interioridad en acción. Despreciador del monoteísmo y venerador de nuevos dioses. Honesto ante sí mismo porque no le esconde la cara a la verdad. Egoísta que sabe usar la crueldad para liberarse del rebaño. Inteligente que desconfía de la plebe y de los doctos. Espíritu ligero capaz de danzar y reírse de sí mismo sin dejarse cargar por el fardo de la culpa.

La lucha por un nuevo modelo de Humanidad exige, según Nietzsche, combatir al Estado, el más frío de los monstruos fríos. Estado que ha querido apropiarse del poder espiritual sobre las conciencias que anteriormente detenía la Iglesia. Estado al que acusa de actuar según conveniencias espúreas; cuyos valores no

van más allá del control del poder, del amontonamiento de riqueza y de la invención de su propia propaganda. Estado que se disfraza de democracia del pueblo para mejor convertir al pueblo en Estado, en estático. Así el pueblo desmovilizado se hace plebe y el Estado plebeyo. La diatriba más feroz se dirige contra el favorecimiento estatal de la gregariedad. Los políticos, por su propio interés, predicán la igualdad: es más fácil gobernar y administrar un rebaño de iguales, haciendo tabla rasa de la riqueza de diferencias que han ido surgiendo en la sociedad a lo largo de su existencia. Las diferencias forman parte del humus social; la igualdad, en cambio, es un artificio para la comodidad para el Estado, un ideal para los perezosos y los débiles, para quienes no quieren luchar o sólo se atreven a hacerlo formando multitud. Dice Zaratustra: “El placer de ser rebaño es más antiguo que el de ser un yo: y mientras la buena conciencia se llame rebaño, sólo la mala conciencia dice: yo”.

A los ojos de Nietzsche, la pretensión de que el universo está gobernado por la Razón divina es una petulancia tan infundada como la pretensión de que el hombre es un ser racional. La cultura cristiana occidental ha privilegiado la razón frente a la pasión, la conciencia frente a la sensibilidad. En sus análisis de la conducta humana, los filósofos, desde Platón, han extendido al hombre la imagen que crearon para sí mismos: primero se genera el pensamiento voluntario, luego se realiza la acción deliberada, y finalmente la imagen de la acción queda recogida en nuestra memoria. Este esquema, según Nietzsche, olvida que la motivación es previa. Detrás del pensamiento está el cuerpo, detrás del espíritu está la carne. Construir la cultura del Superhombre exige recuperar la voz de lo inconsciente, la afirmación del cuerpo como memoria de lo vivido, exige la revalorización de los sentidos, prestar atención a ese “sí mismo” que desde nuestros órganos nos organiza, exige desvelar la virtud del espíritu como sublimación de la carne. Hay que abandonar la imagen del espíritu basada en el modelo de Dios: inmaterial, puro, libre.

La filosofía, desde Platón, situó su ideal en la teoría, conocimiento especulativo que no quiere rebajarse al contacto con las cosas, que aspira a una captación inmaculada de los arquetipos puros, de los modelos abstractos. Lo material y lo sensible es despreciado por su condición voluble y perecedera. Pero en este “sueño de eternidad” que alberga la metafísica se esconde otro argumento que Nietzsche desvela: las cosas no son tan fáciles de manejar como los pensamientos, ofrecen resistencia contra su autoproclamado amo; en cambio, los pensamientos son terreno abonado para las fantasías narcisistas de apropiación simbólica del mundo mediante la palabra. Contra esa renuncia a pensar lo demasiado humano, lo demasiado natural, dice Zaratustra: “Es preciso disputar sobre gustos”. Porque el gusto apunta hacia el placer y el dolor, un criterio más profundo para el conocimiento del mundo que el de la invariancia y la permanencia.

Los sacerdotes de la cultura utilizan el conocimiento como instrumento de dominio. Expolían la vida del pasado y convierten sus despojos, académicamente desmenuzados, en máscaras del presente, engañosas y paralizantes. Los doctos han optado por

un estilo de conocimiento, supuestamente desinteresado, que consiste en ser espectadores neutrales de los acontecimientos, a los que aplican automáticamente sus formalismos teorizados, y así trampean dando una visión uniformadora del mundo. Nietzsche los acusa de servir al Estado manteniendo las supersticiones del pueblo, sacrificando la verdad a una vieja creencia: "Donde está el pueblo está la verdad".

Zaratustra defiende una concepción del conocimiento más próxima a la vitalidad pasional, pulsión de vida y no de muerte: el conocimiento como instinto biológico, placer de los sentidos, nutriente del cuerpo, pasión que urde razones como armas para la batalla del vivir. El conocimiento nace del miedo, sentimiento primordial del hombre frente a un entorno inmenso y desconocido que lo ignora, entorno cuyo acontecer, por su poderío e independencia, es percibido como hostil, fuente de peligros. Pero nace también del miedo al animal que se agazapa en nuestro interior y que tan pronto se estremece de angustia como vocífera su rabia, miedo a las pasiones que nos arrastran y descontrolan, a las propias reacciones emotivas que nos sorprenden y parecen negarnos desde dentro, a la oscuridad de nuestros recovecos corporales, de donde brota lo plural y lo contradictorio que somos.

Ese miedo primordial se ha ido refinando en el tiempo mediante el intelecto, llegando a convertirse en un valor fundamental: la virtud de la sabiduría. Este saber tiene una diosa a la que sacrificar sus ofrendas: la Verdad. Pero esta verdad, en Nietzsche, no se halla, como en Platón y Pablo de Tarso, más allá de las estrellas; es la verdad inscrita en el cuerpo hecho memoria cristalizada de la experiencia, verdad ardiente de la sangre, verdad que se paga viviendo.

Para Nietzsche los sacerdotes simbolizan la pulsión de muerte que desarrolla toda cultura. El sacerdote condena la vida porque ésta no le obedece, no se ajusta a sus ideales; detesta que su delirio de perfección no se cumpla. La moral sacerdotal nace del espíritu de venganza contra la finitud y la imperfección del mundo. Con el señuelo de la felicidad eterna la Iglesia atrae a su rebaño y le pone precio al paraíso: la obediencia a las tablas de la ley. El dolor quiere herederos y el sacerdote, hombre que sufre y quiere hacer sufrir, juez, vengador y víctima de su propia ley, lo transmite a su rebaño. Dice Zaratustra: "El espíritu de venganza: donde

había sufrimiento debía haber siempre castigo". El sacerdote, predicador de la igualdad, ofrece al débil la seguridad y el calor del redil y el pesebre. El hombre que sufre es el primero en caer en la red de los pescadores de hombres. Para el doliente es un alivio y un consuelo poder soñar con la felicidad del edén prometido. Pero contra el constante "tú debes", con que la moral coacciona, se rebela el "yo quiero" de cada individuo, protesta del cuerpo sometido a la privación del placer, voz de las aspiraciones propias que no aceptan anularse en aras de la uniformidad general, afirmación de los deseos y apetitos reprimidos que buscan expresarse. Por fortuna, el placer es más profundo que el dolor, el placer se quiere a sí mismo, quiere su propia eternidad, la de la duración sin renuncia de sí. Por ello, el sacerdote nunca puede estar seguro de la fidelidad de sus fieles, al fin y al cabo, la nobleza del esclavo radica en su rebelión.

En Zaratustra la virtud, la excelencia del vivir, es un tema recurrente. Naturalmente rechaza la perspectiva cristiana, tal como se expresa, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña. La virtud no puede consistir en la servidumbre a un código externo a la espera de una recompensa, ni el más allá ni el más acá. No puede ser el automatismo de quien se instala en lo existente por hábito o mimetismo, ni tampoco la obligada adaptación al medio de quien por mansedumbre o pereza es incapaz de hacer algo distinto de lo que ya está hecho. No puede ser el resultado del desinterés por la vida que conduce al extrañamiento místico, ni la represión de las pasiones propias para integrarse en lo convencional. La virtud no tiene que ver con lo que no se es. La virtud de cada cual sólo puede brotar del sí mismo, de la expresión de las fuerzas que lo constituyen, del cuerpo que se manifiesta buscando su plenitud.

Nietzsche considera que los ideales ascéticos son un estímulo y acicate sólo para quien tiene naturaleza sacerdotal, pero suponen un pesado fardo para la mayoría de la gente. Virtud implica sentido de la medida: para las gentes pequeñas son necesarias virtudes pequeñas, no grandes aspiraciones. Quien aspira a ser un héroe moral y fracasa en su empeño se convierte en libertino: lo que no se logra hay que despreciarlo. Dice Zaratustra: "Hay una falsedad perversa en quienes quieren por encima de su capacidad". Zaratustra ironiza sobre algunos de esos ideales éticos imposibles que el cristianismo reco-

ge en sus mandamientos supremos. Al precepto “ama al prójimo como a ti mismo” contraponen la huida del prójimo y el amor al lejano, al Superhombre venidero. Universalizar el amor lo devalúa, falsifica la pasión originaria. Habrá quien ame al prójimo para buscarse a sí mismo, porque desconoce su propia identidad; y habrá quien se conozca demasiado a sí mismo, y al no gustarse, prefiera perderse en el amor al prójimo. La lección es que hay que saber amar, antes de amar al prójimo como a sí mismo. Dice Zaratustra: “Vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos”.

Nietzsche nos obliga a revisar muchos tópicos morales. Nos invita a amar a los enemigos, porque si encontramos adversarios dignos de nosotros se intensificará nuestra pasión, se avivará nuestra inteligencia. Hay que saber odiar a los amigos, para demarcar lo que nos une de lo que nos separa, para no confundirnos en el otro. Y si es posible debemos encontrar en el propio amigo nuestro mejor enemigo. Hay que saber aprovechar las llamadas “bajas pasiones”, como la envidia o el odio, vivirlas sin avergonzarse, usarlas en beneficio propio. Envidia y odio pueden ser un estímulo para superarse, un motor para la acción, un tónico contra la rutina. Y siempre es conveniente estudiar a los malvados, de su astucia y su poder suelen sacarse lecciones benéficas. Dice Zaratustra: “El hombre necesita para sus mejores cosas de lo peor que hay en él”.

El amor es una de las virtudes a las que Nietzsche presta más atención. Es una pasión refinada, espiritualizada. Tiene un peligro: la compasión. Si se confunden, como ocurre con frecuencia, la compasión arrastrará al amor. Ayudar a quienes sufren no significa tener que padecer con ellos. La alegría ha de prevalecer sobre el dolor. Todo gran amor debe estar por encima de su capacidad de compasión. Del mismo modo, todo gran amor debe estar por encima de su capacidad de perdonar a quien lo hace padecer.

Virtud es egoísmo y generosidad; el egoísmo de quien quiere apropiarse de todo lo que le hace crecer y la generosidad de regalarse a todo el que quiera recibir. Sin embargo, Zaratustra nos advierte del abismo que hay entre el dar y el tomar. Alrededor del virtuoso que siempre regala crece un enjambre de libadores que abruman su soledad, acrecentando el cansancio de dar sin ganar nada para sí; tarde o temprano

optará por la huida. La virtud, así herida en la fe en el poder de su generosidad, se retira al silencio como convalecencia, hasta resurgir dispuesta a la batalla.

Virtud es honestidad consigo mismo, fidelidad a las entrañas, no esconderse de las verdades interiores. Sólo quien no cree en sí mismo miente siempre, y antes que a nadie se miente a sí mismo. Pero hay que saber mentir a los demás, por cautela o por piedad. Quien no puede mentir no sabe lo que es la verdad. Y también hay que saber dejarse engañar, pues mayor perjuicio sería tener que estar siempre alerta frente a los engañadores.

Desde los griegos, la filosofía ha querido ver en el juego de la virtud la realización superior del hombre como ser racional. Ha situado en la conciencia moral la causa de nuestras acciones. Nietzsche considera esa opinión como un error interesado, la ilusión que permite al filósofo-sacerdote irrumpir en el escenario de la privacidad individual, convertido de repente en el gran teatro del mundo mediante el *deus ex machina* de la razón universal. Pero Zaratustra sabe que lo que determina nuestras acciones no es aquello que podemos pensar y expresar con palabras. Tras el sentido de las palabras con que interpretamos nuestra situación -antes, durante y después de una acción- está el cuerpo y sus pulsiones. El “sí mismo” es quien toma las decisiones, el verdadero sujeto moral.

La filosofía y la ciencia, al permanecer en el ámbito de la conciencia, interpretan la vida como voluntad de verdad. Esta voluntad quiere reducirlo todo a teoría, que todo sea pensable para que todo sea racionalizable. Eso permite que todo sea manejable: la Naturaleza y los hombres. Ese ideal ascético de verdad, sostenido por la filosofía y la ciencia, se propone el dominio simbólico del mundo, pero su racionalismo y su mecanicismo les impiden comprender la vida. Nietzsche no separa naturaleza y vida: toda naturaleza es vida. El mundo orgánico no es sino la continuación del inorgánico. Desde los átomos hasta los animales más evolucionados sólo hay un discontinuo avance en el grado de complejidad. La riqueza de la vida hace que se despliegue en múltiples formas y especies. La vida es voluntad de poder: crecer, extenderse, multiplicarse, diversificarse, mejorar; en definitiva, la vida es lo que quiere superarse a sí misma.

Contra el lema del evangelio de Juan “La verdad os hará libres” Zaratustra proclama con asiduidad: “Querer hace libres”. Querer es regalarle placer y alegría, querer es negarse a aceptar la esclavitud, el cansancio, la derrota, querer es crear y aprender, valorar y elegir. La libertad que da el querer es peligrosa: al liberar el espíritu se liberan también pasiones nocivas. Por eso hay que saber querer antes de hacer lo que se quiere. Esto puede parecer paradójico, considerando que a querer se aprende queriendo. Pero a lo que apunta Zaratustra es a que hay que aprender a poner el saber al servicio del querer. Esto invierte la tradición filosófica que pretende poner el querer -de todos y cada uno- al servicio del saber, ejercido y custodiado por los guardianes de la sabiduría.

La moral tradicional ha combatido siempre tres grandes males: la voluptuosidad, la ambición de dominio y el egoísmo. Nietzsche transmuta esos males en virtudes, en signos propios de la voluntad de poder del Superhombre. Voluptuosidad como goce inocente del devenir, como gratitud por los dones de la Naturaleza. Ambición de dominio que no retrocede ante la dureza consigo mismo, ni ante la crueldad con otros, para luchar por lo que se quiere; ambición de dominio como motor de la acción que interroga el valor de lo que existe para superarlo. Egoísmo que percibe el mundo como espejo de uno mismo, egoísmo como amor propio y goce de sí, fuerza contra el servilismo y la resignación, coraje para vivir.

Estamos acostumbrados a querer hacia el futuro. La creencia filosófica en que no se puede querer hacia atrás, que la voluntad no puede actuar sobre el pasado es, según Nietzsche, una de las causas del espíritu de venganza contra la vida, la rebelión del hombre por su impotencia contra el pasar del tiempo. En consecuencia, se interpreta la vida como un castigo, se imagina la existencia como un tributo doloroso, que se paga a la espera de la eternidad y su perfección o de la muerte liberadora. Entramos aquí en la doctrina más enigmática de Nietzsche, nacida de una iluminación mística, y en cuanto tal, expresada en el balbuceo mitopoético de quien ha vivido algo que no atina a describir con palabras: eso que conocemos con el nombre de “Eterno Retorno”. Querer hacia atrás significa convertir todo “Fue” en un “Así lo quise”, apropiarse simbólicamente del pasado e incorporarlo a sí mismo. Tal es el “amor fati”, amor a todo lo pasado que lo redime de su finitud y de su ausencia; amor que comporta un peligro: perderse a sí mismo entre la exuberancia de lo amado, en la atrayente fascinación de todo lo que vive.

Zaratustra tiene una visión: dos caminos confluyen bajo un portón. Uno es el pasado eterno, el otro el eterno futuro. Como diría Heráclito, el camino adelante y el camino atrás son uno y el mismo: el camino del tiempo. El portón que los separa es el instante, el ahora. Zaratustra encuentra un pastor que se está ahogando porque una serpiente se ha deslizado en su boca y se aferra a su garganta. El pastor muerde la cabeza de la serpiente, la arranca, la escupe y sobrevive. Con esta imagen simboliza Nietzsche la victoria del hombre sobre el tiempo. El tiempo es un anillo que encadena al hombre, un círculo que lo devora. Vencer al tiempo significa querer el tiempo, su constante pasar y su eterno retorno.

El eterno retorno ha sido interpretado como un principio cosmológico matemático: en un universo infinito en el tiempo, pero finito

en el espacio, el número total de posibles combinaciones de acontecimientos es finito, y por tanto, cualquier acontecimiento y cualquier combinación que haya existido habrá ocurrido un número infinito de veces en el pasado y ocurrirá un número infinito de veces en el futuro. Esta traducción del mito del eterno retorno al lenguaje de la ciencia, por sugerente que sea, inevitablemente lo empobrece. La ciencia consiste en simplificar la Naturaleza para matematizar, predecir y controlar. Es más iluminador, dentro del lenguaje de la ciencia, contemplar el eterno retorno, en consonancia con la física de su época, como una especie de principio de conservación de la energía, formulado para la totalidad de la vida.

Todo el pensamiento nietzscheano vincula constantemente metafísica y moral. Desde el punto de vista moral, el eterno retorno implica dejar de creer en el destino y en el libre albedrío, entidades ilusorias arraigadas en el imaginario popular. La ficción del destino sirve para sentirse víctima de fuerzas sin nombre, y disculpar los errores propios en la marea negra de la totalidad que todo hace y deshace a su antojo; sirve para plegarse a las circunstancias, para rendirse sin pudor ante lo que ofrece resistencia a nuestras acciones y aceptar el deber que se nos impone desde fuera. Otras veces sirve, dramáticamente, para abandonarse a una pasión que amenaza conducirnos a la autodestrucción; “es mi destino”, se dice uno, antes de cerrar los ojos para entregarse al vértigo. La ficción del libre albedrío sirve al poder social para exigir la deuda de la responsabilidad personal en términos de culpa y castigo. Pero también sirve al sujeto para creer que porque quiere puede hacerlo todo, que todo le es posible: narcisismo de la voluntad que se estrella contra el azar, sordo a los deseos humanos. Y así, entre ambas ilusiones, destino y libertad, necesidad y posibilidad, va dando tumbos quien no ha aprendido que uno es su propia necesidad, que uno forma parte de la rueda del devenir que corre libremente, quien no ha aprendido que no hay acontecimientos casuales porque no se tienen vivencias más que de sí mismo.

En la iluminación del Eterno Retorno late la comprensión de que la forma del tiempo es la repetición. Si nada se repitiera no se habría inventado el tiempo. El tiempo es medida del movimiento: de las revoluciones solares y lunares o de las agujas del reloj. La repetición del mismo

movimiento sirve como patrón para los demás movimientos: cultos rituales, labores agrícolas o actividades deportivas. El tiempo es un intento de medir lo que cambia y se desvanece. Medición de lo que se hace distinto mediante su referencia a la repetición de lo mismo. El Eterno Retorno es mirar al tiempo como espacio de las diferencias referidas a la repetición. Así pues, el tiempo es lo mismo y lo distinto, fijación de lo mismo para medir lo distinto. Sentimos a la vez que el tiempo es devenir y que el tiempo no pasa, que lo que pasa son las cosas en el tiempo.

Pensar el Eterno Retorno sólo como retorno de lo mismo es equívoco. El Eterno Retorno es “lo mismo” en cuanto que es el marco superior del tiempo. Pero a la vez hay que hablar del eterno retorno de lo distinto, porque la diferencia es el pathos del tiempo. Retornan las fuerzas que se expresan como voluntad de poder, retornan las cosas, los acontecimientos y cualesquiera de sus constelaciones, pero retornan como distintos. ¿Y entonces, ese retornar no es más bien un aparecer, presencia inaugural? La respuesta nietzscheana es que toda aparición, toda apariencia es ya un retorno. Si hubiera Ser toda apariencia podría retornar como la misma. Pero no hay Ser, por eso retorna como distinta. Ninguna apariencia dura siempre como presencia. La desaparición de una apariencia no es un ir a la Nada: la Nada es el reverso del Ser, sin Ser no hay Nada.

Lo que hay es un perderse y un reaparecer. La pérdida es la forma vivencial de la repetición. Desde el punto de vista afectivo, el Eterno Retorno es la respuesta de Nietzsche a la experiencia de la pérdida, consecuencia inevitable de la finitud. Vivir es perder, y ser perdido, y seguir perdiendo. Pero con el Eterno Retorno es sólo separarse por algún tiempo, hasta que el mismo tiempo traiga el reencuentro. Perder es haber perdido siempre, pero con la esperanza cierta de recuperar. Perder es seguir perdiendo y no darse por perdido. Lo trágico de vivir es que hay que vivir perdido porque se pierde lo vivido.

La muerte de Dios exige una nueva meta para el hombre, y para ser precisos, una meta para la Humanidad, esta idea que la voraz civilización europea se ha empeñado en construir para dominar el mundo. Zaratustra señala una meta –el Superhombre–, un motor –la voluntad de poder– y un camino, el eterno retorno. Este



programa político no es fácil, pero sería suicida para nuestra civilización limitarse a disfrutar la vida como si fuera un oasis, ignorando el desierto que la rodea. Dice Zaratustra: "El desierto crece: ¡ay de aquel que dentro de sí cobija desiertos!" La cultura del Superhombre, como la propia vida, no puede construirse sólo con amor. Como le dice el demonio a Zaratustra: "También Dios tiene su infierno: es su amor a los hombres".

Al final de la obra Zaratustra oye un grito de socorro y sale de la cueva en busca de su origen. Va encontrando a diversos personajes que encarnan figuras posibles del hombre superior, del hombre que está en tránsito hacia el Superhombre. El adivino melancólico cuyo lema es "Nada vale la pena", el mago cuya sabiduría acaba volviéndose contra sí mismo, el papa jubilado que se proclama el más ateo de todos los hombres, el mendigo voluntario que huye de los hombres y se refugia en la Naturaleza, el más feo de los hombres que asesinó a Dios para librarse de su mirada, los dos reyes que huyen de la buena sociedad y las buenas costumbres, el concienzudo del espíritu que se exige el mayor rigor y acaba sabiéndolo todo de nada, y finalmente, el viajero errante, sombra de Zaratustra, que al grito de "nada es verdadero, todo está permitido", agota el mundo y ahora una meta. A todos ellos juntos Zaratustra les canta en la noche, como un noctámbulo ebrio, la canción del eterno retorno, y al amanecer los abandona: van a necesitar mucho tiempo para asimilar su mensaje, la música del círculo.

Zaratustra enseña que hay que morir a tiempo, morir victoriosamente tras lograr realizarse a sí mismo o en la lucha por conseguirlo. Y el morir debe ser un ejemplo más del espíritu y la virtud de quien muere. A Friedrich Nietzsche le fue dado llegar a los límites de su razón, vivir en ese alambre danzando y riendo como un volatinero y despeñarse en la locura cuando no pudo ir más allá. Dice Zaratustra: "La ceguera del ciego, y su buscar y tantear, deben seguir dando testimonio del poder del sol al que miró". Como una parodia irónica del círculo de la vida su camino para alumbrar al Superhombre concluyó en el retorno hacia el subhombre, a la animalidad de una locura que progresó paulatinamente hacia la vegetalidad antes de reincorporarse a lo inorgánico. Dice Zaratustra: "Todos dan importancia al morir: pero la muerte no es todavía una fiesta".

